

POR LA ESCUELA A GIBANA EN GIRA LIBRE

# Un Duelo Histórico

En estos días se han vuelto a reeditar en nuestro país los "jances de honor", que yacían olvidados en el arca de los viejos recuerdos medioevales. Ante lo que amenaza en convertirse en una verdadera epidemia duelista, nada mejor que una ejemplarizadora e insuperable página del gran humorista norteamericano, Mark Twain, donde se pone al descubierto de forma maestra, todo el aspecto de comedia que contienen los llamados "desafíos entre caballeros"...

Mark Twain



AUNQUE el actual duelo de Francia se ridiculice por muchos maliciosos, no deja de ser en realidad, a pesar de esto, una de las más perjudiciales plagas de nuestros días. La costumbre de batirse en descubierto, hace que los adversarios corran siempre riesgo de resfriarse. El señor Pablo Casagnac, el más obstinado de los duelistas franceses, ha experimentado tan a menudo estas fatales consecuencias, que perdió ya casi por completo su energía, y es opinión de sabios doctores de París, que si nuestro héroe continúa batiéndose en el campo del honor quince o veinte años, correrá grave riesgo de morir de un resfriado, a no ser que adopte la juiciosa costumbre de batirse en sala confortable, donde la lluvia ni el viento tengan entrada. Debiera esto convencer de plano a los que suponen tontamente que el duelo francés al aire libre es uno de los ejercicios más higiénicos que se

pueda imaginar. Ni cabe sostener tampoco ya, como erróneamente se ha hecho, que los duelistas franceses y las testas coronadas a quien odian los socialistas, son los únicos seres que tienen asegurado privilegio de inmortalidad.

Fuerza me es ahora ir de frente a mi asunto. Desde que llegó a mi noticia la acre discusión que tuvo lugar en la Cámara de los Diputados, entre el señor Gambetta y el señor de Fourton, eché de ver sus desastrosas consecuencias. Lo preví, porque mi antiquísima amistad con ese señor Gambetta, me había hecho conocer íntimamente su carácter irascible y su temperamento implacable. Su voluminoso cuerpo no era impedimento para que la sed de venganza recorriera hasta las últimas fibras de su economía.

No aguardé, pues, que me mandara recado: me fui en su busca sin demora. Hallé, cual esperaba, al templado mozo en completa calma, en plena calma francesa, porque ésta y la inglesa ofrecen algu-

4.- Recaba  
urbana y  
del Esta  
posterga  
piernas

5.- Proclama  
gradua  
nos y en

6.- Juzgamo  
naciona  
co. como  
cupand  
pedon  
banar in

7.- Repuert  
duobas  
gin sus  
trate d

8.-

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
ORIGINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

na diferencia. A paso rapido iba y venia por entre destrozados objetos que a puntapiés desparramaba por su cuarto si le interrumpían el paso. Desatábase haciendo visajes en una tronada de maldiciones; parábase a tiempos y se arrancaba mechones de pelo que unía al montón que ya se había amontonado, y que echaba sin mirarlo en un rinconcito de su bufete.

Al verme, echóseme al cuello; oprimiome su abdomen, abrazóme hasta los carrillos y me arrellanó en su poltrona. Apenas me repuse de su acometida, empezamos a tratar el grave asunto.

Díjale que había ido a ofrecerle mis servicios como testigo, creyendo hacerle con ello grato obsequio.

—Es natural —repuso—.

Añádile que deseaba tomar parte en el asunto, con apellido de incógnito que pareciera francés, descansando ponerme a cubierto de las maledicencias de mis compatriotas, dado caso que el asunto tuviera término fatal. Contestó a mis frases con otro visaje sugiriendo tal vez por la idea de que era mal visto el duelo en América; más no objetó nada contrario a mis deseos. Doy todos estos detalles porque los diarios franceses dijeron que el señor Gambetta había tenido por testigo a un francés, lo que en realidad sólo fué en apariencia.

Incontinenti ayudé a mi adalid a redactar su testamento. Insistí en que lo hiciera, y prevaleció mi voluntad. Hícele comprender que no se dijo nunca que nadie, en plena razón, fuera a batirse sin haber hecho antes testamento. Aseguróme que, por el contrario, jamás oyó decir que hombre alguno, en cabal juicio, hubiese hecho lo que yo le aconsejaba. Redactado el testamento, y ya terminado, echóse a discurrir a cerca de su última frase, de su frase de muerte. Sondóme para saber que impresión producían en mi ánimo exclama-

ciones de este efecto: "Muero por mi Dios, por mi patria, por la libertad de la palabra, por la fraternidad universal".

Hícele la objeción de que tal frase presuponia una muerte con calma; que era excelente locución para quien muriera de anemia; pero impropia para el que acababa sin respiro en el campo del honor. Discurrimos largamente a caza de una exclamación improvisada, y al fin, halló una que aceptó como frase suprema, copiándola en su libro de memorias para no olvidarla:

"MUERO POR LA SALVACION DE LA FRANCIA"

Halló que a esta frase faltaba brillo, más me aseguró que no era esencial el brillo para las frases supremas. Lo que éstas requieren es, sobre todo, sonoridad.

Ocupámonos después en la elección de armas. Mi héroe me advirtió que estaba algo indispuerto, y que dejaba a mi elección ese detalle, así como las otras formalidades referentes a la contienda. Ya plenamente autorizado, escribí al señor de Fourtou la esquela que aquí transcribo:

"Caballero:

"Ha aceptado el señor Gambetta el reto del señor Fourtou, y me autoriza a señalar para mañana, al apuntar el día, el campo Plessis-Piquel, como sitio de la lucha. El arma elegida será el hacha.

"Soy de usted, caballero, etc.,

Marco Twain".

Leyó esta esquela el amigo del señor Fourtou y se espeluznó. Ya repuesto, dirigióse y me dijo con acento mezclado de acritud:

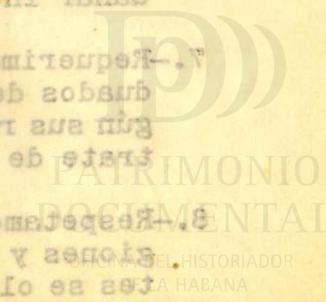
—Caballero: ¿ha reflexionado usted bastante acerca de las consecuencias inevitables de un choque de tal especie?

—Sí, señor: ¿qué consecuencias son esas, según usted?

—Que habrá derramamiento de sangre...

Indíqueme que eso dependía del tamaño del arma. Pero, diga usted, añadí, ¿puede derramarse algo más que sangre en un duelo?

3. - Escena de...  
4. - Escena de...  
5. - Escena de...  
6. - Escena de...



Le pillé. Comprendió que había hecho una plancha, y se dió prisa a ponerse a cubierto, asegurando que lo dijo por chancearse. Y añadió que a él y a su adalid nada pudiera serles más grato que un duelo a hacha; pero armas de tal corte estaban prohibidas por las leyes de Francia, debiendo yo, por lo tanto, proponer otras.

Marchéme dando vueltas al asunto en mi entendimiento, pensando que el cañón Gatling, disparado a distancia de quince pasos, sería excelente medio de dar solución en campo abierto a una cuestión de honor, y dime prisa en formular mi parecer con tal propósito.

No fué aceptado: se me puso en frente de nuevo el código francés. Propuse la carabina, la escopeta de dos cañones, el revólver marino de sistema Colt: todo sin favorable éxito. Propuse también, no sin mezcla de ironía, que la lucha se empeñara a trancazo limpio y a un kilómetro de distancia. Como no me siento jamás dispuesto a malgastar el buen humor con gente que no comprenden la broma, me sentía enojado amargamente cuando ví que mi interlocutor se despedía de mí para ir a proponer, con admirable calma, a su apadrinado, mi última proposición.

Pronto volvió, diciéndome que

su adalid estaba maravillado de la idea de un apaleo a la distancia de un kilómetro, pero que sólo rehusaba la proposición por el riesgo que correrían los transeúntes que anduvieran entre uno y otro adversario. Díjele entonces:

—Bien está, pero he agotado mi intentiva para hacer proposiciones. ¿Tendrá usted la bondad de sugerirme la elección de otra arma? Usted tendrá quizás imaginado algo para este lance.

Tomó brillo su rostro como si se iluminara, y me respondió con viveza:

—¡Oh! Sí, señor, sin duda.

Y sin demora, comenzó a registrar sus bolsillos, recorriéndolos uno tras otro (tenía muchísimos), murmurando sin cesar entre dientes:

—¿Dónde los he puesto?...

Al fin halló lo que buscaba; sacó del fondo de su relojera un par de pequeñísimos objetos, que examiné a toda luz, permitiéndome reconocer en ellos dos pistolas. Montadas en plata y con un solo cañón diminuto, eran lindísimos dijes.

Me emocioné tanto, que casi enmudecí. Sin chistar, colgué uno a mi leontina y devolví el otro. Sacó entonces mi compañero de crimen un sello de correos en que había envueltos varios proyectiles, y me dió uno. Quise saber si con esto quería decirme que nuestros contendientes no debían disparar más que un tiro por barba; y me aseguró que no permitía más que un disparo el código francés.

Preguntéle por la distancia a que debía hacerse fuego, porque empezaba a tener turbia la cabeza, impresionado por el giro que el negocio tomaba y propuso por contestación que fuera la distancia de sesenta mentros. Al oír esto, acabóseme la paciencia y exclamé:

—¡Sesenta metros! ¿para estos chismes? ¡Más peligro habría disparando cañones de cartón a cincuenta metros!... Considere, amigo, que usted y yo debemos ponernos de acuerdo para realizar un duelo a muerte, no para librar de un compromiso a nuestros adalides.

Mas prediqué en balde; en vano rogué; sólo pude alcanzar que se redujera la distancia a treinta metros, y aun obtuve esta concesión de mal grado y con acompañamiento de un hondo suspiro y de esta otra frase:

—Será una carnicería... me lavo las manos y dejo a usted toda la responsabilidad.

No me quedó más remedio que volver a casa de mi adalid, a casa de mi valeroso héroe, corazón de león, para contarle detalles tan humillantes. Entré y en aquel instante acaba de colocar el señor Gambetta sobre su ara de sacrificio su última mecha de pelo. Al verme, corrió hacia mí exclamando:

—Ha terminado usted ya el pacto fatal; lo leo en sus ojos.

—Sí — dije —.

Y palideció por un momento, teniendo que apoyarse en el bordo de la mesa para sostenerse. Respiró con vehemencia y dificultad durante uno o dos minutos; estaba agitadoísimo por la emoción que le embargaba. Sólo pudo decir con voz afónica:

—¡Y el arma! ¡el arma! Dígame sin demora, ¿qué arma es?

—Está — le dije —, enseñándole el diminuto objeto montado en plata. Apenas lo hubo visto, se desvaneció al suelo como un plomo... Al volver en sí, prorrumpió con melancolía:

1. - Este movimiento...  
 2. - Sostenemos...  
 3. - Proponemos...  
 4. - Recabamos...  
 5. - Proclamamos...  
 6. - Juramos...  
 7. - Reducimos...  
 8. - Resolvemos...

—La calma sobrenatural que me impuse hasta ahora agotó mis nerviosas fuerzas. Mas tal debilidad ha desaparecido y arrostraré el peligro con el valor de un francés: soy un hombre.

Enderezóse con fuertes piernas, tomó actitud sublime que ningún mortal igualó, que no superó ninguna estatua, y me dijo con voz de bajo profundo:

—Ya lo ve, esto en calma. Ahora dígame usted la distancia convenida.

—¡Treinta metros!

En verdad no pude entonces sostenerle y me caí encima de él. Levantéme, cogí una botella de agua fría y se la vertí en la cabeza. Volvió en sí de nuevo y prosiguió:

—Treinta metros, ¿no uno más? Pero, ¿a qué hacer preguntas? Ya que mi enemigo tiene propósito de asesinarme, ¿a qué entrar en insignificantes detalles? Ahora oiga usted bien: mi fin hará ver al mundo entero como el caballero francés va en busca de la muerte.

Calló largo rato, y después preguntó:

—En compensación de mi obesidad, ¿no se ha tratado de si la familia de los contendientes podían estar a su lado? Importa poco: si no tiene bastante nobleza mi enemigo para hacer de por sí esta propuesta, y quiere tomar en su favor todas las preferencias, sea como quiera: estará en su edrecho, por más que no deba obrar de este modo un caballero.

Sobrevinole a manera de síncope, o entró en meditación profunda durante una porción de minutos. Luego rompió de nuevo el mutismo y dijo:

—¿Y la hora?, ¿cuál es la hora fijada para la contienda?

—Mañana al apuntar el alba.

Sorprendióse sin medida, y exclamó indignado:

—Qué insensatez! ¡No sucedió jamás nunca cosa igual! ¡A esa hora nadie está levantado!...

—Por eso mismo acepté; ¿quería usted estar rodeado de numeroso auditorio?

—No me parece oportuno referir cosas inútiles; más hallo extraño que el señor de Fourtou haya aceptado innovación tan rara. Vuelva usted a verle y propóngale otra hora que sea más cómoda.

Precipitéme a todo correr por la escalera, a la carrera atravesé el zaguán, echéme en brazos del testigo del señor de Fourtou, y le dije:

—Tengo el honor de poner en su conocimiento que mi apadrinado se resiste con energía a ese lance tan temprano. Me ha encarecido que la hora elegida de la mañana sea la de la media para las diez.

—Caballero: se hará un esfuerzo para que su ilustre apadrinado se haga lenguas de nuestra exquisita galantería. Acepto gustoso el cambio de hora que propone.

—Y acepte usted el agradecimiento de mi patrocinado.

Volvióse entonces hacia un señor que iba con él, y le habló así:

—Lo oye usted, señor Negro, queda fijada ya la hora: la de la media para las diez.

El señor Negro se inclinó reverente, dió las gracias y se marchó. Mi caro cómplice siguió diciendo:

—Si no es causar a usted molestia, sus doctores en cirugía de cabecera y los nuestros concurrirán al sitio del duelo en nuestros coches, según costumbre.

—Hallo la cosa muy natural, y agradezco a usted muchísimo que me haya hablado de los médicos. Es muy posible que sin su advertencia no se me hubiera ocurrido. ¿Cuántos doctores debe haber? Me parece que dos o tres bastarán.

—Ese número prescribió siempre la costumbre para cada contendiente. (Y se trató de doctores cirujanos de cabecera). Pero aquí, teniendo en cuenta la representación distinguida de nuestros apadrinados, habría que añadir algún número de doctores en cirugía para consulta, y elegir éstos entre ilustres eminencias operadoras. Estas irían en el séquito, acompañándonos en sus coches. ¿Ha preparado usted ya una ambulancia para heridos?

—¡Qué tonto soy! Crea usted que me había descuidado. Voy a ocuparme de esto enseguida. Temo me tome usted por un mentecato, pero discúlpeme. He visto duelos del lado allá del mar Pacífico, pero comparados con el que va a tener lugar, son una bicoca, mezcua riña. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Una ambulancia! En mi país queda en el suelo el herido y espera así con resignación que alguien lo recoja y le lleve en su vehículo... ¿Tiene usted más detalles de qué informarme?...

—No; casi nada, esto sólo: que los contratistas de ceremonias fúnebres deben ir tras nosotros en otros coches, según costumbre; que los vanos empleados y los ujie-

res seguirán también a pie; es asimismo costumbre. Mañana a las ocho nos veremos y arreglaremos el cortejo. Beso su mano, caballero, y quedo a sus órdenes.

Había concluido. Largueme entonces a casa de mi adalid, quien me dijo:

—Vamos a ver, ¿a qué hora será al fin el duelo?

—A las nueve y media.

—Admirable. ¿Y envió usted ya los sueltos a los periódicos?

—¡Señor mío!... Tras una tan larga e íntima amistad con usted, ¿me cree capaz de semejante descuido?...

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!... ¿Con esas me sale usted ahora, amigo?... ¿He ofendido tal vez a usted? Dispénsese. He causado a usted tan-

tas molestias, que bien puede suprimir ésta entre las muchas y muy pesadas que figuran en la lista. No hay que poner en duda que ese vampiro, ese Fourtou habrá pensado de sobras en ello. Por mi cuenta, y a fin de estar seguro, voy a redactar un suelto para el periodista, amigo mío, señor Negro.

—¡Ah! ¡Si es para ése!... puede usted evitarse la molestia: el testigo de la otra parte ha puesto ya al señor Negro bien al corriente.

—No lo dudaba. Mas vea usted, cómo procura ese señor de Fourtou que hablen de él.

Eran las nueve y media de la mañana cuando la comitiva del duelo iba a llegar a Plessis-Piquet, y he aquí el orden procesional en que marchaba:

Como de honor, a la cabeza de nuestro carruaje, sin más que el señor Gambetta y yo; seguía el coche del señor de Fourtou y su testigo, tras ellos iba otro coche de poetas y oradores que habían preparado oraciones fúnebres, cuyos manuscritos salían con exceso fuera del escote de sus bolsillos. En pos de estos señores, venía un vehículo con los médicos de cabecera y a continuación, más coches particulares para otros tantos doctores en cirugía, de mera consulta; iba luego: un coche simón con el oficial del registro de defunciones; dos coches de ambulancia muy capaces; otro coche para los contratistas de ceremonias fúnebres, crecido número de empleados, a pie, y en pos de todos, seguían solemnemente y culebreando por entre

densa niebla, de repente aparecida, largo séquito de aficionados a duelos y agentes de policía y tropa de ciudadanos. Era distinguido espectáculo ocasionado por el lucido acompañamiento, y hubiera sido excursión muy agradable la de formar parte del cortejo a habernos favorecido el tiempo.

Nadie chistaba. Dirígame a menudo a mi adalid, pero, creo que no lo oía; tan preocupado estaba consultando sin cesar su librito de memoria, para no olvidar aquella augusta frase que balbuceaba entre dientes: "Muerdo por la salvación de la Francia!"

Apenas llegados al sitio fatal, nos pusimos a medir, mi colega y yo, la distancia de treinta metros, y echamos suerte acerca del sitio que cada combatiente debía ocupar. Ese requisito era sólo formalidad; para aquel acto todos los sitios eran excelentes. Habían acabado los preliminares: dirigíme a mi apadrinado para ver si estaba a punto: desperezóse por todo lo largo de su persona, y respondióme con brevedad.

—¡Estoy dispuesto!, que carguen las armas.

Hizose la operación a la vista de autorizados testigos. Y por lo turbio del tiempo, juzgamos conveniente que esta experiencia se efectuara a la claridad de un farol.

Hecho lo cual, colocamos a nuestros bravos.

Observó a tiempo la policía que el público se apiñaba a derecha e izquierda del sitio señalado para el duelo; pidió un momento de espera a fin de hacer retroceder a los imprudentes, para colocarles fuera de peligro, y se accedió al deseo. Ya situados los curiosos a espalda de los combatientes, dióse comienzo al duelo. Como el aire se enrarecía, y a lejana distancia faltaba diafanidad, convinimos mi testigo y yo, en que era preciso dar por los dos bandos un retumbante grito para que cada combatiente pudiera saber a punto fijo, o por lo menos, aproximadamente, el lugar en que se hallaba su adversario.

Volvíme luego a mi camarada y descorazonéme al ver que iba perdiendo su aplomo. Alentéle como puede.

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

—Vamos a ver —le dije—; este asunto no ofrece tan mal cariz como usted cree. Fijese usted en las condiciones de las armas, y en los pocos disparos que pueden tirarse; en la extraordinaria distancia a que se halla el adversario y en la densa niebla que nos rodea; recuerde usted que es tuerto uno de los que se batien; que es miope y bizco el otro, y me parece que quedará convencido de que un duelo en tales circunstancias no ha

de acabar con un desastre. Hay probabilidad de que saldrán los dos ilesos. ¡Vamos, brío!... ¡Animo y no descorazonar!

Mi elocuencia templó tanto a mi adalid, que me tendió con brío la mano y exclamó:

—¡Gracias! ¡Vuelvo a ser el que era, venga el arma!

Coloquésele en la palma de la mano donde el dije apenas se veía, y al mirar la pistola diminuta se estremeció. Miróla de nuevo con melancólico semblante y balbuceó con voz entrecortada.

—¡Ay!, no es la muerte lo que temo, no; lo que me asusta es que puedo quedar estropeado...

Anímeme de nuevo, y esta vez con tanto ahinco, que incontinenti continuó:

—¡De comienzo a la tragedia! Guárdeme usted las espaldas, amigo mío; ¡no me deje en este trance difícil!

Prometiselo, y a la vez le ayudé a apuntar su pistola hacia donde suponía que debía estar su adversario, recomendándole que prestara atento oído para guiarse por la respuesta que debía dar el otro testigo. Así fué. Dirigiéndome al señor Gambetta, prorrumpí en un atronador:

—¡Voh, nup!...

Por entre las densa niebla respondió otro son estentóreo, y grité al punto:

—¡Uno!... ¡dos!... ¡tres!...

Dos detonacioncillas llegaron a mi oído: Sep!... ¡Sep!... Formidable avalancha de humana carne me vino encima, y derribándome, me envolvió. Quedé molido... Débil voz dejaba oír por sobre mi sueltas palabras entrecortadas:

—Muerdo... por... (no sé por qué... ¿Qué debía decir?...)  
¡Ah!... ya lo sé.

—Muerdo... por la salvación de la Francia.

Corrieron en pelotón los doctores, y atropellándose, nos rodea-

ron; aplicaron el microscopio por toda la vasta humanidad del señor Gambetta, y tuvieron la fortuna de no hallar en toda ella, ni un rasguño, ni roce leve, ni cosa que le pareciera. La escena que aconteció por tal fortuna, fué de las más sentimentales y conmovedoras que puedan verse.

Los dos adalides se echaron uno en brazos del otro para fraternizar, derramando copioso llanto que la vanidad y la fortuna les arrancaba. Y un abrazo general colmó la dicha. Todo el mundo participó de ese abrazo: médicos, oradores,

contratistas de ceremonias fúnebres, polizontes, todos se estrechaban, se daban el parabién, vertiendo lágrimas de satisfacción, y el aire, el espacio, retumbaba por todas partes con los gritos de alegría y de alabanza.

Decía para mí: "En verdad que me creería más feliz siendo el héroe de un duelo en Francia, que un soberano con cetro y corona en otras partes..."

Cuando la emoción se hubo calmado, reunióse en consulta al cuerpo médico, y tras larga deliberación, acordó que con muchísimas precauciones y cuidados podría yo sobrevivir tal vez a las molestias que había sufrido. Mis lesiones interiores se conceptuaron de muchísima gravedad. Era seguro que, quebraba una de mis costillas, me había taladrado el pulmón izquierdo, produciéndome tal compresión en las entrañas, que muchas de ellas se me habían marchado de su sitio natural hacia otra parte de mi cuerpo, siendo difícil poder prever si con este cambio de lugar se avendrían a ejercer sus funciones naturales. Aplicáronme un aparato ortopédico al brazo izquierdo fracturado por dos partes, y redujéronme mi ojo derecho al recinto de su órbita, que había dejado, enderezándome de pasada la nariz. Logré ser la admiración de todo el mundo, pues las personas de sensible corazón, de hidalguía de sentimientos, se me hicieron presentar para expresarme el orgullo que tenía de conocer al hombre único de Francia en un duelo, desde hacía cuarenta años.

Colocóseme en una camilla en lugar preminente, a la cabeza del cortejo, e hice mi entrada solemne en París, como el héroe principal de aquel drama de relumbrón: de este modo fuí a parar al hospital.

L. Este mov...

AI mi...

S. Sostenem...

3. Propugn...

fundamen...

4. Recobamo...

5. Proclama...

6. Juzgamos...

Reduermim...

PATRIMONIO MENTAL

HISTORIADOR DE HABANA

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

Honróseme luego con la gran cruz de la Legión de Honor, de que nadie casi en Francia se halla exento.

Y así dió fin aquel duelo original que más fama ha tenido en nuestro siglo.

De nadie me quejo. Y como obré cual debía, estoy dispuesto a aceptar de lo acaecido la más completa responsabilidad. Sin elogiar mi proceder, puedo decir en alta voz que me hallo siempre dispuesto a contender con un francés en cualquier duelo, colocándome delante de él; más aseguro que en pleno juicio, no he de guardarle jamás, nunca, las espaldas.

*M. Varela, en 30/45*

1.- Este movimiento está...  
2.-...  
3.-...  
4.-...  
5.-...  
6.-...  
7.-...  
8.-...